

VII

CAJIGO, EL ROBLE CÁNTABRO





Cajigos y cajigales son lugares comunes de Cantabria, y así lo reflejan la literatura y la pintura, y también lo que nos queda de estos paisajes, que casi pertenecen ya a la arqueología del territorio de cada uno de nuestros municipios y comarcas. Cajigas y cajigales, colonizados por capillas, iglesias y santuarios cristianos, son también lugares de feria y festejos, centros fundacionales de tantos pueblos y aldeas en los que el árbol central fue primer templo y ayuntamiento. Apenas nos queda la memoria de todo aquello, así como de algunos de los árboles y arboledas, testigos de tiempos mejores, que sufren el creciente asedio de una civilización cada vez más urbana y tecnológica, menos natural y tradicional.

LOS NOMBRES DEL CAJIGO

Cajigo o cajigu es el nombre montañés más común para el roble (*Quercus robur* y *Q. petraea* normalmente). En femenino ‘cajiga’ o en aumentativo ‘cajigón’ se usa para los ejemplares muy grandes y viejos y, muchas veces, lo hemos visto escribir como ‘cagigo’. Al roble albar se le llama también ‘alberu’ y ambos se conocen asimismo bajo el nombre de ‘rebolla’. Al quejigo (*Q. faginea*) se le llama ‘carraspizu’ o ‘roble enciniego’. Al rebollo (*Q. pyrenaica*), ‘tociu’, ‘tocia’ o ‘matorru’.



Estela de Saro de Cabuérniga.



La Cagigona. El pintor cántabro Agustín de Riancho (1841-1929) recoge en su obra paisajes con árboles, bosques y arboledas. Sobresalen algunos cuadros dedicados a los robles, en especial *La Cagigona* (1901–1909), en el Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander y Cantabria, pero también los llamados *Tres Robles*, *Robles*, *La Cajiga*...

Hechas las presentaciones, nos detenemos un momento en la literatura costumbrista del país montañés, que tantas veces sitúa sus escenas memorables al pie de grandes cajigas.

LA CAJIGA EN LA LITERATURA COSTUMBRISTA MONTAÑESA

Entre los autores que han ahondado de un modo u otro en la etnografía de Cantabria, encontramos en **Manuel Llano** un extraño referente, por cuanto recoge un compendio de tradición oral de la región, pero adorna de tal modo los relatos que terminamos no sabiendo muy bien si hablamos de pura literatura, de imaginación o de etnografía, máxime cuando algunas de sus historias no aparecen en las pesquisas de otros investigadores. Es el caso del

Roblón, personaje mítico con forma de cajigo que anda sobres sus raíces y tiene en su tronco hueco una especie de boca que traga a quien se refugia dentro. Tampoco hemos tenido otras noticias de la historia de «los robles que plantó el rey Pelayo», leyenda recogida en el pueblo de Rozadío, según este autor y publicada en un artículo en el periódico *La Región* (24-IV-1929). Cuenta, en resumen, que, volviendo de la batalla de Covadonga, Pelayo estaba en una braña y al escarbar en la tierra:

... crecieron estos árboles para dar sombra al rey y empezó a manar el agua de esta fuente pa que quitara la sed ... De antes estos robles eran sagraos. Nadie cogía los sus erizos. Las hojas tenían el aquel de curar las tristezas y las penas. Pero diz que un día se guarecieron debajo de ellos los mozos y las mozas que golvían de una romería y bailaron a la su vera, abrazaos como las señoritas y los señoritangos de la villa. Aquel mesmu día se secaron los robles como un castigo de Dios... No golvieron a nacer las hojas verdes que curaban las malenconías.

Esto de los erizos de roble nos deja en la duda: ¿habrá confundido el autor robles con castaños? En la misma línea la tradición del primer árbol del mundo, que, en la versión pasiega, supuestamente contada por una anciana de Condolías a Manuel Llano, era un roble, según publicaba en el mismo diario (*La Región*, 22-IV-1929):

Era un árbol gigantesco que brotó en un peñascal a la vera de un regato de aguas turbias. Tenía cinco ramas, una para la fortaleza, otra para la virtud y otra para el amor. Las dos restantes representaban al odio y a la avaricia. Las hojas del roble tenían la virtud de curar todas las enfermedades y de aplacar todos los dolores. Un gigante, maldecido por una «hechicera milagrera», que seesteaba cotidianamente a la sombra del árbol, arrancó a éste, porque «la bruja de las limosnas y de las piedades» no escuchó sus querellas amorosas.

En fin, no hemos querido dejar de reseñar estos relatos, pues de ningún modo nos atrevemos a decir que sean puras invenciones, pero, en todo caso, siempre nos queda con Manuel Llano la duda de hasta qué punto hablamos de tradición o fantasía.